

de tan grande ejemplo, creyó que aquel idioma convenia únicamente á las *inepcias* vulgares que deseaba ver olvidadas por los demas y por él mismo (1). Petrarca cantó con una armonía llena de dulzura, la mas tierna de las pasiones; Dante las pasiones enérgicas, *dejando á un lado la elegancia y la dignidad*, como Tasso le echa en cara. Juzgó conveniente emplear *rimas ásperas y duras* como un velo de la doctrina que queria tener oculta, y cuando habla de amor, coloca en el paraíso á su dama. Petrarca versifica con la misma elegancia y delicadeza que usaba en su lenguaje; Dante, grosero y desdenoso, sin dejarse nunca llevar por la rima, cambia para usarla con mas facilidad y ayudar al ritmo el sentido de las palabras, y las toma de otras lenguas (2).

Uno y otro sabian cuanto era posible saberse en su época, y son notorias las adivinaciones que alguno ha querido hallar en ellos de descubrimientos posteriores; pero Dante conocia apénas de nombre á los clásicos griegos, y poco mas á los latinos (3). Petrarca era el hombre mas erudito de su siglo, y elegia lo mejor de los autores extranjeros y de los nacionales (4);

diciendo: « Hermano, esta es una parte de mi obra, que quizá no hayas visto; te dejo este recuerdo: no me olvides. » Estreché aquel libro contra mi pecho, y fijé en él la vista con gran cariño. Cuando vi que estaba en lengua vulgar, dejé ver en mi semblante la admiración que experimentaba: me preguntó la causa. Respondí que me habia sorprendido que hubiese cantado en aquella lengua: tanto porque me parecia difícil y hasta increíble que hubiese podido expresar con palabras vulgares tan elevados pensamientos, cuanto porque no me parecia conveniente vestir tanta y tan digna ciencia con un traje plebeyo. « Tienes razon, dijo: yo tambien he pensado así; y cuando empezaron á germinar en mí las semillas de estas cosas, infundidas quizá por el Cielo, elegí el idioma que me pareció mas digno. No solo lo elegí, sino que en él me puse á versificar de esta manera:

Última regna canam fluido contermina mundo,
Spiritus que lata patent, que premia solvunt
Pro meritis cuiusque suis.

» Pero cuando pensé en la condicion del siglo presente; cuando vi que los cantos de los poetas ilustres estaban casi enteramente olvidados, y que los hombres generosos para quienes se escribian aquellas cosas en los buenos tiempos, habian (¡oh dolor!) abandonado las artes liberales á manos plebeyas; entónces arrojé la humilde lira que habia empuñado, y templé otra mas adaptada al oído de los modernos; porque en vano se dispone un alimento sólido para la boca de un niño de pecho. »

Luego que acabó de hablar de este modo, añadió afectuosamente que (si lo creia necesario) hiciese algunas pequeñas glosas sobre aquella obra, y os la trasmitiese despues de anotada. »

(1) *Ineptias quas omnibus, et mihi quoque si liceat ignotas velim.* Senil. XIII, 10. — *Cantica, quorum hodie pudet ac panitet.* Famil. VIII, 3.

(2) Buena advertencia para no creerle una autoridad muy infalible, como ciertos comentadores, de una idolotria pedantesca. « Yo que soy escritor (dice el comentador anónimo), oí decir á Dante que jamas la rima le habia obligado á decir lo que no tenia en la mente, pero que él sí habia hecho decir muchas veces á las palabras en sus rimas otra cosa diferente de la que estaban acostumbradas á expresar en la pluma de los demas escritores. »

(3) Ademas del argumento que puede deducirse de su silencio, véase la confusion que hace de ellos en el canto IV del *Inferno*; en otro lugar nombra como autores de *altísima prosa* á Tito Livio, Plinio, Frontino y Pablo Orosio; en el *Purgatorio*, VI, 49, los Arabes entonan en Italia con Anibal, etc.

(4) Por ejemplo, Cino de Pistoya dice, hablando de los hermosos ojos de su dama:

Pues que en vosotros mismos,

sobre todo de Dante, á quien afectaba despreciar (1), de suerte que cuando cree uno oír el lenguaje de la pasion, reconoce la traduccion elegante; pero á fuerza de arte ha refinado á los Provenzales y Españoles hasta el punto de que mientras ellos han perecido, él vivirá eternamente. Á veces ahoga el sentimiento bajo un lujo de adornos y pormenores; Dante reduce á la unidad los elementos que Petrarca desparra; reúne las bellezas divididas sacándolas ménos de los sentidos que del sentimiento, y no deteniéndose nunca en particularidades (2). Su lengua participa de la rudeza y de la libre osadía del republicano; la de Petrarca refleja la política lisonjera y la ingeniosa urbanidad de un hombre habituado á vivir en las cortes. En el primero hay doctrinas, en el segundo gracia; aquel es un genio, este un artista; el uno termina sus cuadros como el Albano, el otro toca los suyos como Salvalor Rosa; Petrarca encanta como la melodía del laud nocturno; Dante hiere como la saeta disparada.

Contemplar no podéis vuestra luz pura,
En otros ojos ved tanta hermosura:

y Petrarca:

Ojos alegres y felices, salvo
Que veros no podéis vosotros mismos:
Mas, cuando á mí os volvéis, en otros ojos
Advertís vuestro influjo, que es divino.

Cino tiene un soneto que principia:

Mil dudas en un día, mil querellas
De la alta emperatriz ante el sublime
Tribunal, etc.;

donde figura que él y el Amor litigan ante la razon. Al fin esta dice que necesita mas tiempo para sentenciar tan importante litigio. Ahora bien, Petrarca reproduce esta idea en la cancion:

Aquel mi antiguo dueño,
Al par dulce é implacable, etc.

Donde la razon falla de este modo, despues de oídas las partes:

Pláceme haberos oído;
Pero he menester mas tiempo
Para tan grave litigio.

(1) Dice que siempre se ha guardado de leer los versos de Dante, y escribe á Boccaccio: « He oído cantar y estropear esos versos en las plazas. ¿He de envidiarle los aplausos de los trabajadores en lana, de los taberneros, carniceros y demas gente por el estilo? » Sin embargo, Jacobo Mazzoni (*Difesa di Dante*, VI, 29) afirma que Petrarca adornó su cancionero con tantas flores de la Divina Comedia, que puede decirse las derrama mas bien de las cestas que de las manos. Véase la *Paradoja de Pietrópoli*. Tambien Galvani comparó á Petrarca con los Provenzales en su obra titulada *Osservazioni sulla poesia dei Trovadori*. Acostumbran los detractores sin valor deprimir á un grande hombre, colocándole en la misma categoria que los hombres que le son inferiores. Ahora bien, Petrarca menciona dos veces á Dante como poeta de amor, poniéndole al nivel de fray Guido y de Cino de Pistoya. *Son. 257: Te ruego que en la tercera esfera saludes á Guido, á maese Cino y á Dante. Tr. d'Amore*, IV; *Alli están Dante y Beatriz, Selvaggia, Cino de Pistoya y Guido de Arezzo*.

(2) Tomemos por término de comparacion la pintura de la tarde. DANTE: « Era la hora en que se despierta el deseo y se enternece el corazon de los navegantes, recordando el día en que dijeron adios á sus amigos; la hora en que el nuevo peregrino se siente herido de amor si oye á lo lejos el sonido de la campana que parece llorar al moribundo día. » PETRARCA: « Cuando se oculta el sol, los navegantes se entregan al reposo en algun cerrado valle sobre la dura madera ó bajo las ásperas jarcias; pero yo, aunque el sol se sumerja en las olas, aciendo atrás á España, á Granada, á Marruecos, y aunque hallen trégu á sus males, los nombres, las mujeres, el mundo, no consigo poner término á mi obstinado afán. »

La poesia fué para Petrarca una distraccion, un entretenimiento, y nunca hubiera creído que fuesen tan queridas las voces de sus suspiros en rima (1); para Dante era el estudio principal, que por *espacio de muchos años le enflaqueció*, y cuando le fueron devueltos á su destierro los primeros cantos del divino poema, dijo: *Me han restituido una obra importante con perpetuo honor* (2), y confiaba que aquel poema le permitiera ceñirse un día la corona de poeta en el baptisterio de su hermoso San Juan.

Naturalmente las poesias de Petrarca debian cundir en todas las clases, porque son fáciles y tratan del sentimiento mas general. El poema de Dante no era composicion de un género popular (3); pero apénas hubo muerto, se instituyeron cátedras para la explicacion de la Divina Comedia que se verificaba en las iglesias, como voz que predicaba la doctrina, avivaba los entendimientos, excitaba á los buenos con la emulacion, hacia sonrojar á los malos, é insinuaba ideas de orden, tan necesarias entónces. Petrarca sabia que el Pó y el Tíber, el Arno, aguardaban de él *suspiros enérgicos*; sin embargo, los exhaló casi siempre lánguidos, y como la senda del sentimiento lleva fácilmente á cometer faltas contra el gusto, pudo hasta en su castigada elegancia dar motivo á los extra-

(1) SONETO 25. II. Dice en el prólogo de las cartas familiares que habia escrito algunas cosas vulgares para deleitar los oídos del pueblo, y en otra parte, que compuso para alivio de sus males, « sus poesias juveniles, en lengua vulgar, por lo cual experimenta ahora arrepentimiento y sonrojo, aunque son muy saboreadas por los que padecen de la misma dolencia. » (*Famil. VIII, 3.*) Disculpándose con los que le acusaban de tener envidia á Dante, dice: « Ignoro hasta qué punto puede haber apariencia de verdad en pretender que tengo envidia á aquel que consumió toda su vida en cosas á que apénas he consagrado yo la flor de mis años; yo, que recurri como á una distraccion, como á un reposo del alma y refinamiento del espíritu á lo que fué para él sino el único arte, á lo ménos el primero. » Despues añade modestamente: « ¿A quién envidiaré el que no envidia á Virgilio? » Ep. fam. XI, 12.

(2) BENVENUTO DE ÍMOLA, al cap. 8 del *Purgatorio*.

(3) Las anécdotas que se cuentan en prueba de lo contrario, y el aserto del Petrarca, nos parece que no pueden referirse mas que á versos amorosos, ó á otros ménos conocidos, de forma completamente moderna y de una idea sencilla, como estos:

Quando el consejo de las aves hubo
De celebrarse, todas
Debieron asistir; y la corneja
La idea extraña tuvo,
Obrando como siempre con malicia,
De mudar de vestido.
Habiendo reunido
Del ejército alado
Plumas diversas, se adornó con ellas,
Y así comparció en el gran Senado
Bella entre las mas bellas.
¿Quién es? las otras aves preguntaban;
Y al cabo conocida
De todas fué, que ansiosas la cercaban,
Y del robado ajuar la despojaban.
En un momento se quedó desnuda.
Quién riendo decía:
¡Es hermosa, á fe mía!
Quién: la pobre está en muda!
Y de ella se alejaron,
Y burlada y mohina la dejaron.
Lo mismo le sucede
A aquel que de lo ajeno se engalana.
Feliz quien con lo suyo brillar puede
Sin imitar á la corneja insana.

vios de los escritores del siglo XVI (1), y halló multitud de imitadores que paliaron la imbecilidad de las ideas y el hielo del sentimiento bajo la forma acompasada del soneto, y que en el momento en que la patria reclamaba consuelos, ó por lo ménos lágrimas, no supieron mas que ensordecerla con fastidiosas quejas en vida y en muerte. El estudio de Dante requería serios conocimientos en filología, para comparar y pesar las frases y palabras; en historia, para encontrar los hechos anteriores á aquellas catástrofes, la genealogía de aquellos héroes; en teología, para conocer su sistema, y confrontarlo con los padres, los místicos y los escolásticos; en filosofía, para apreciar su manera de argumentar, la precision del pensamiento, los elementos de la ciencia. Abrió, pues, el campo á una crítica mas vasta, así es que Benvenuto de Ímola y Boccaccio (2) elevan su vuelo cuando tienen que viajar con el poeta. Primer genio de los siglos modernos, descubrió cuantos pensamientos profundos y cuanta poesia elevada estaban latentes bajo la áspera corteza de la edad média; reveló á las ideas populares su grandeza, y obligó á pensar siempre, persuadiéndose de que la poesia es una cosa mejor que formas vacías y combinaciones sonoras.

De aquí la grande influencia de Dante en las bellas artes; pues aun admirando la antigüedad, creía firmemente en los dogmas católicos, y entre aquella y estos formó una mitología, en parte original, que poetizó las tradiciones conservadas hasta entónces entre los artistas. La manera como habia dispuesto los reinos invisibles, ofreció nuevos asuntos á los pintores que imprimieron hasta en los mismos Santos pasiones mas profundas, en lugar de aquel aire de beatitud satisfecha que tenian anteriormente.

Dante es el intérprete del dogma y de la ley moral, como Orfeo y Museo; Petrarca es el intérprete del hombre y de su naturaleza inti-

(1) Por ejemplo, sus frecuentes retruécanos sobre el nombre de Láura; la gloriosa columna en que se apoya nuestra esperanza; el viento angustioso de los suspiros; el fuego de los mártires; las amorosas llaves; el laurel en cuyo cultivo emplea el arado de la pluma, con suspiros de fuego, y la nube de ira que astoja el cordaje ya fatigado de su nave, hecho de error y torcido con ignorancia. Son del mismo género las analogías que halla entre cosas inconexas; por ejemplo, entre sí y el aguilá, cuya vista sostiene los rayos del sol, y el dolor que de hombre vivo le convierte en verde laurel. A veces no respeta en sus retruécanos las cosas sagradas; como cuando compara á Cristo, que habiendo bajado á la tierra á iluminar las Escrituras, se sacrificó por Judea, al pueblo donde nació la hermosa dama; y al anciano de cabellos blancos que va á Roma á contemplar á aquel á quien espera ver en el cielo, consigo mismo que busca la forma real de Láura Bembo, el famoso admirador de Petrarca, confiesa haber leído cuarenta veces sus dos primeros sonetos sin llegar á entenderlos, ni hallar quién los entendiese á causa de las contradicciones que ofrecen. *Lettera a Felice Trofimo*, lib. VI.

(2) La *Vida de Dante*, escrita por Boccaccio, aunque llena de declamaciones y digresiones, nos ha conservado preciosas anécdotas relativas al gran poeta. En sus comentarios á la Divina Comedia, explica paso á paso, primero el sentido literal, luego el alegórico, y si bien algunas cosas son triviales hasta lo sumo, pues se entretiene en decir quiénes fueron los primeros padres, y quienes Abel y Cain, muestra, sin embargo, bastante inteligencia, tanto respecto de la gramática, como de la historia y las doctrinas. Se extiende solo á diez y siete cantos.

ma, como Alceo, Simónides y Anacreonte. El primero representa, como lo hace siempre la epopeya, una raza entera, una edad, y el conjunto de las cosas de que se compone la vida; el segundo describe la existencia individual. Por eso este es comprendido en todas las épocas; la admiración tributada al otro ha experimentado interrupciones y crisis (1); pero solo volviendo á él podrá la Italia sacudir su letargo ó separarse de los *turbios ríos*.

Otros
escrito-
res.

Cino de Pistoya, comentador del código, merece algun recuerdo despues de estos dos grandes poetas. Desterrado como gibelino, era llamado á porfia por las universidades, y cantó en rimas vulgares á Selvaggia, ocupando, dicen, el medio entre el vigor de Dante y la dulzura de Petrarca; pero á nosotros nos parece oscuro y lleno de alambicamientos platónicos. Dante asegura, sin embargo, que las canciones de Cino y las suyas habian elevado el magisterio y el poder de la lengua italiana, que componiéndose ántes de palabras ásperas, de construcciones dudosas, con una pronunciaci6n defectuosa y acentos campesinos, habia sido transformado por ellos en un idioma (2). Cecco Stabili de Ascoli, en el *Acerbo*, poema filosófico, en que no brillan ni la poesía ni la ciencia, zahiere á Alighieri con el despecho de la persona que no puede ni con mucho alcanzar á su émulo. Fué despues quemado en Florencia como mágico. Fazio de los Uberti, en el *Ditamondo*, describió un viaje, tomando por modelo al geógrafo Solino: es una obra mal concebida, y peor ejecutada. Federico Frezzi de Foligno, en el *Quadreregio*, hizo en tercetos la pintura de los cuatro reinos del amor, el demonio, los vicios y las virtudes, donde Minerva entabla un diálogo con los profetas Enoch y Elías. El legista Francisco de Barberino, en los *Documenti de Amore*, trató de filosofía moral, de política, de urbanidad, y hasta de táctica, en un metro variado, y en estilo puro, fácil y elegante; pero este poema no nos ayuda á conocer las costumbres de la época, como parece anunciar el título. Compuso tambien un tratado *Del gobierno y de las costumbres de las mujeres*, que ha permanecido inédito hasta nuestros días (Roma, 1815), donde en sofisticos versos mezclados con poesía, ya que todo no sea prosa (3), da

(1) La Divina Comedia pareció á La Harpe una *rapsodie informe*, y á Voltaire *une amplification stupidement barbare*. Se hicieron de ella 42 ediciones en el siglo xvi, 4 en el xvii; en el nuestro lleva mas de 100.

(2) *Vul. elog.* lib. I, cap. 17.

(3) Apelo á los primeros pretendidos versos, *si digito calle-mus et aure*:

Novellamente, Francesco, parlai
Coll'onestade;
Ed a preghiera di molte altre donne
Mi lamental con lei, e dissi
Ch'erano molti, ch'avean scritti libri,
Costumi ornati d'uom, ma non di donna.
Siech'io pregava lei
Che per amor di sé,
E per amor di questa sua compagnia,
Ch'a nome cortesia;
Ed ancó per vestir l'altre donne con meco
Di quello onesto manto, ch'ella hac seco,
E ch'ella porge a quelle che voglion camminare
Per la via de' costumi, degnasse di parlare

reglas para las diversas condiciones y edades de las mujeres. Es una obra prolija, fastidiosa, pero escrita con buena intencion y en lenguaje hermoso. El barbero Burchiello, de modales vulgares y de ideas tomadas ya de callejuelas, ya de lupanares, se leen aun por su naturalidad, tan rara entre los demas autores italianos. Justo de los Conti, débil imitador de Petrarca, ha cantado la *bella mano* de su dama. Estos escritores no han valido á su patria ni gloria, ni placer, y no se mencionan aqui mas que por su antigüedad. Hubo tambien un preceptista: el Verones Gidino de Sommacampagna escribió en 1360 el *Tratado y el arte de las rimas vulgares*, donde inserta una serie de composiciones suyas, como ejemplo de las várias formas que se usaban ent6nces (1).

Hemos visto cuánto debió la prosa italiana á Dante en ejemplos y preceptos. Las cartas de Guitton de Arezzo, ménos despreciables de lo que pretende hacer creer la altiva reprobacion del poeta, le son anteriores (2). Tenemos de Santa Catalina de Siena versos malos y cartas muy útiles á los que gustan de estudiar las bellezas y riquezas del estilo (3). El dominico Jacobo Passavanti tradujo al idioma vulgar su *Espejo de la penitencia*, donde en medio de vulgaridades, muestra que conocia el corazon humano, y jamas se separa de una claridad llena de encanto. El fraile predicador Cavalca, aunque mas descuidado y descolorido, recuerda siempre que habla al pueblo, y sus *Actos apostólicos* son un tesoro tal de sencillas bellezas, que yo le llamaria el perfeccionador de la prosa italiana. Los sermones del padre Giordano son un puro celo contra los desórdenes públicos: ¿Qué candor tan natural en el lenguaje y qué sencillez de paloma en las *florejillas de San Francisco*? ¿Qué diré de los *Hechos de Enéas* por fray Guido de Pisa? El tener que buscar lo mejor de la lengua en obras de mezquino asunto, no es la menor de las desgracias de Italia.

Los *Preceptos de los antiguos*, compilados y explicados por fray Bartolomé de San Concordio, son reputados como de un lenguaje muy correcto, aunque oscuros en algunos lugares por el carácter latino. Albertano, juez de Brechia, escribió tres tratados de moral en latin, cuya version hecha por el notario Soffredi del Grazia es un monumento antiquísimo de la lengua italiana, anterior á 1278 (4). De las traducciones en

Con questa donna, che si appella Industria;
E seco insieme trovassono uno modo
Che l'altra donna, ch'ha nome Eloquenza,
Parlasse alquanto di questa materia,
E'l suo parlare si trovasse in scritto.

(1) Ms. existente en la biblioteca de Scipion Maffei. Véase *Verona illustrata*, p. 2, l. 2.

(2) Véase la nota F del libro XI mas allá de la mitad.

(3) Además de la Pisani y de la Nina Sicula, citarémos entre las literatas italianas á Hortensia de Guglielmo, Leonor de la Genga, Livia de Chiavello, todas de Fabriano; á Isabel Trebani de Ascoli; á Justina Levi Perotti, que dirigió sonetos á Petrarca; á Selvaggia, cantada por Cino de Pistoya, y á Juana Bianchetti de Bologna, que sabía el griego, el latin, el alemán, el bohemo, el polaco, el italiano, y además ciencias filosóficas y jurisprudencia.

(4) Nótese la variedad de juicios. El padre Cesari, á quien se llamaba pedante, cuando reimprimió las *Fioretti* (Verona, 1822), suprimió las terminaciones antiguas y puso en su

Jengua vulgar, que tanta importancia tienen en el origen de todas las lenguas, nos quedan muchas de aquel tiempo, como la primera que se hizo del Orador de Ciceron por Brunetto Latini; las Vidas de los Santos Padres del desierto, producciones muy apreciables; el Salustio, que se atribuye sin razon á fray Bartolomé de San Concordio; las Epistolas de Séneca; las Adversidades de la fortuna, de Arrigo de Settimello; el Guerrino, llamado miserable, la Vida de Barlaam, la Leyenda de Tobolo... estimadas por su sencillez toscana sin igual.

Pedro Crescenzi, « que salió de Bolonia á causa de las discordias civiles, recorrió en el espacio de treinta años diversas provincias, dando fieles y leales consejos á los gobernantes y conservando sujetas á su dominio las ciudades en su tranquilo y pacífico Estado; estudió muchos libros antiguos y modernos, y vió y aprendió diversas y várias operaciones de los cultivadores de las tierras; » enviado de nuevo á su patria en la edad septuagenaria, escribió acerca de la *utilidad del campo*, dedicándosele á Carlos II de Nápoles. Propone, como los aristotélicos, teorías extravagantes; pero sugiere buenas prácticas, como hombre experimentado. Parece que escribió su obra en latin; pero al poco tiempo fué traducida por un Florentino, cuya feliz circunstancia la hizo vivir y ser estudiada, y Linneo, para honrarle, llamó Crescenzi á una planta americana.

Aunque nos duele vernos precisados á buscar el lenguaje en autores de cuyas ideas carecemos, siempre será de grande provecho el estudio de los del siglo xiv, los cuales, corrigiendo solo ó reformando algunas palabras, vienen con la mayor opotunidad á oponerse al neologismo moderno y al erudito arcaísmo, y ofrecernos la primitiva acepcion de las palabras, su significado sencillo y verdadero, la gracia sin mas adornos que los suyos propios, á fin de dar al idioma italiano aquel sencillo carácter que es la voz del genio. Así escribian aquellos autores, principalmente los historiadores de que hablaremos despues, cuando ignoraban el arte de los incidentes, de las suspensiones, y de lo que da á la frase fuerza y variedad, hasta que para introducir en la prosa el arte que le faltaba, nació Juan Boccaccio. Era hijo natural de un comerciante de Certaldo, que le llevó consigo á viajar; pero conociendo su inclinacion á las letras, le puso bajo la direccion de un excelente profesor. Sus mejores maestros fueron Virgilio, Horacio, y particularmente Dante, *mi guía, mi antorcha* y por quien *tengo todo lo bueno, si algo hay en mi*. Buscó la amistad de los que tenian mas fama, y tuvo la suerte de adquirir la de Petrarca; aprendió el griego é hizo poner una

lugar las modernas, « para quitar á los descontentadizos motivos de murmurar y despreciar el lenguaje del siglo xiv, que así caminarán sin tropezar. » Sebastian Ciampi, al reimprimir la traducción del juez Albertano (Florencia, 1833) conserva, no solo las terminaciones, sino hasta los errores del manuscrito, y hace que un notario dé fe de su identidad.

cátedra en Florencia á Leoncio Pilato; se familiarizó con Homero, y envió por una copia de las obras, tanto de este como de otros autores que no fueron conocidos hasta ent6nces en las orillas del Arno.

Habia escrito en latin la *Genealogia de los Dioses*, vecisitudes de ilutres desgraciados, virtudes y vicios de las mujeres, y una obra sobre los montes, las selvas, las fuentes, los lagos y los ríos, que, bueno ó malo, fué el primer diccionario geográfico. En ellas, así como en sus diez y seis églogas, el latin es bastante ménos elegante que el que escribió Petrarca. Cuando vió los versos de este, quemó todos los que habia compuesto de jóven en lengua vulgar. Siendo adulto, concluyó la *Teséida*, epopeya en doce cantos y en octavas, sobre los amores de Arquitas y Palemon por la amazona Emilia en los tiempos de Tesco, y el *Filostrato* sobre los de Tróilo con Briséida. En la *Amorosa vision* finge que en el templo de la felicidad le acompaña el triunfo de la Sabiduría, de la Gloria, de la Riqueza, del Amor y de la Fortuna, y el principio de los versos de cada terceto forman un soneto y una cancion. El *Ninfal fiesolano* versa sobre los tristes amores de Áfrico y Mensola; pero ni aun los trozos lascivos incitan á volverle á leer.

La gloria de Boccaccio debia proceder de la prosa. Primeramente refirió en el *Filocopo* las caballerescas aventuras de Florio y Blancaflor, en las cuales es difuso sin sencillez. Ménos ampuloso fué en la *Amorosa Fiammetta*, bajo cuyo nombre cantó á María, hija natural del rey Roberto, de la cual estaba enamorado. Para vengarse de una viuda que se burló de él, se deshizo en furiosos denuestos contra las mujeres en el *Corbaccio ó Laberinto de Amor*. En el *Ameto* cuentan sus propios amores siete ninfas de la antigua Etruria, acabando con una égloga cada una, donde se ve que mezclaba la prosa y los versos. Es de una pura elegancia su carta á Pino de los Rossi, consolándole en las desgracias del destierro.

El arte de Boccaccio es enteramente pagano, y principia la *Teséida* invocando á las *hermanas castalias que viven contentas en el Monte Helicon*; hace que Pámfilo, viendo en misa á Fiammetta, sea incitado por Juno á amarla; en el *Filocopo* llama al papa gran sacerdote de Juno y habla de la encarnacion del hijo de Júpiter. De iguales sentimientos participa su obra maestra, es decir, el *Decameron*, que se halla tan falto de moral como de caridad, y en el que supone que miéntras la peste causaba terribles estragos en Florencia, cinco señoras que encontraron á sus amantes en la Iglesia, convinieron en salir al campo y ahogar el temor y la compasion pasando una vida alegre y contando novelas. La mayor parte de ellas son desenvueltas. La mujer á quien Dante habia escogido como inspiradora y guía en la *selva intrincada* de la vida y en el camino de la verdad; la mujer que Petrarca habia cubierto de pudor y melancolía, la convirtió Boccaccio en agradable cortesana embria-

gada en los placeres sensuales y á la vez crédula y supersticiosa, que va á misa, pero es para enamorar, que cuando la muerte está por todas partes, no encuentra nada mejor que referir cuentos y entregarse á la alegría. Dirige continuamente sus tiros á la fidelidad conyugal y á la santidad monástica: es irreligioso en el Ciappelletto, deísta en el Melquisedec judío, y adula siempre á los viles egoístas; sus personajes ceden á la pasión sin aquel contraste que en el arte produce lo dramático, en la vida el sacrificio, y es la fuente del orden (1).

Tanto como agradó el Decameron á la sociedad bulliciosa, otro tanto escandalizó á los hombres serios, y Pedro Petroni, cartujo de Sena, en la hora de su muerte dejó á su compañero Joaquín Ciani el encargo de que fuese á exhortar á Boccaccio que volviese al buen camino. Este comprendió la razón, y dió mejor dirección á su vida y á sus escritos, recomendando que no se leyese sus cien novelas (2), y escribiendo en expiación versos religiosos; pero estos se hallan olvidados, y aquellas se conservan para escándalo y daño de los hombres. Se admira, sin embargo, la variedad de formas, de prólogos, de finales, de caracteres, ó mas bien de condiciones; pero entre tanta hojarasca en vano buscarémos el retrato de la vida y de la índole italiana, en vano la rapidez de la narración ó motivos para que se sostenga la curiosidad.

Ningun prosista habia puesto cuidado hasta entónces en el estilo, bastándoles expresar las propias ideas adornadas solamente con su sencillez, como si fuesen amigos que hablaban ingenuamente á sus lectores: forma tanto mas conveniente, cuanto que los libros eran en aquel tiempo, no tanto escritos dirigidos al público, cuanto confianzas domésticas y de país. Boccaccio quiso dar al estilo la magnificencia que no habia tenido al principio, y despojándole de lo que tenia de rancio y grosero, dió á los períodos número, gracia y movimiento variado, y una forma conveniente al objeto. Fué muy buen pensamiento; pero no conociendo bien la naturaleza de los idiomas,

(1) Hay diez novelas en disticos latinos (ap. LEYSER) de un tal Adolfo, que vivió en 1315, todas ridiculizando el matrimonio y refiriendo chocarrerías parecidas á las de Boccaccio. Por lo demás se ha demostrado que la mayor parte de las del Decameron son invenciones de otros. Algunos han querido purgarle y formar una coleccion de trozos para uso de los jóvenes; pero se ha tomado, como sucede comunmente, la inmoralidad por lascivia y quitando frases y narraciones repugnantes, se dejaron otras no ménos peligrosas. Se ha dicho que era necesario no darlas á leer sino á los que hubiesen hecho alguna buena accion en favor de la patria, es decir, que poquitos serian los que las leyese.

(2) Escribia á Mainardo Cavalcanti: « Deja mis novelas á los insolentes secuaces de las pasiones, que desean ser tenidos por todos como asiduos corruptores del pudor de las matronas. Y si no quieres perdonar el decoro de tres mujeres, perdona, libra á mi honor, si me amas lo suficiente para derramar lágrimas por padecimientos. Al leerlas me reputarán por torpe mediador, viejo incestuoso, hombre impuro y maldiciente y ávido de contar las maldades ajenas. No hay nadie que salga á decir para excusarme: « Lo escribí de joven, y fué obligado á hacerlo por órdenes que no podia desobedecer. »

y ateniéndose al latin, redondeaba los períodos de una manera demasiado aparente y ambiciosa. Consiguió tener riqueza, abundancia, armonía; pero en lugar de la nueva prosa lógica y clara como la de Dino y Villani, introdujo la confusion en los miembros y las trasposiciones, rechazadas por la lenguas modernas, que desprovistas de desinencias, requieren una sintaxis directa (1); é hizo despreciar la sabia moderacion, la familiaridad franca y digna, la noble sencillez. El estilo rebuscado es siempre malo, decia Monti, y aquel decir pomposo no se aviene con la ligereza de las materias tratadas por Boccaccio; por lo cual parece verse salir de la afectada toga romana el canto del trovador ó la vara del juglar. Ojalá no nos tachen de atrevidos los antiguos y nuevos pedantes, si ateniéndonos á nuestra mision de nuevos historiadores, aseguramos que Dante habia iniciado los nuevos tiempos, y Petrarca y Boccaccio retrocedieron hácia los antiguos; que aquel era original, estos imitadores; aquel bíblico, estos clásicos; que aquel agitaba á su patria, y estos la adormecian.

Los imitadores de Boccaccio rechazaron la naturalidad de los pensamientos y de la expresion, y esta ha sido una de las causas por que faltaron en Italia la comedia y la novela, y cuesta tanto trabajo á los modernos el encontrar ejemplos de sencillez. ¡Y si fuese solo gramatical el daño! pero ademas ha incitado ó disculpado á nuestros contemporáneos de fomentar un género de literatura altamente inmoral, como son los cuentos.

En las *Cien novelas antiguas*, de las cuales alguna fué escrita poco despues de la muerte de Eccelino, está pintada en estilo sencillo la vida de aquel tiempo, « recordando algunas flores de la conversacion, graciosas galante- rías, bellas respuestas, bellos rasgos de valor, bellos regalos y bellos amores, segun lo han hecho muchos en los pasados tiempos. »

El Florentino Franco Sacchetti, que era togado y comerciante, siguió las huellas de Petrarca en las poesías amorosas, y las de Boccaccio en las novelas: tiene un estilo mas corriente, aventuras mas originales y pintorescas, aunque inferiores en el enredo y en la viveza. Dejando aparte aquellas miserables ridiculeces é insustanciales reflexiones, retratan la vida de entónces aquellas graciosas palabras dichas sin intencion: allí se ven cortesanos que consiguen regalos á fuerza de hacerse importunos; alegres posaderos que se burlan de los que no usan las palabras en su propio sentido; ridículo y risa hácia los magistrados ignorantes ó avaros; la fanfarronería de aquellos soldados alemanes con nombres caprichosos; la tacañería de los emperadores que vivian en

(1) Baretto rechaza aquellos períodos que « tienen tres millas de terreno, y dice que el lenguaje usado por Boccaccio es muy bueno en su mayor parte y muy mala la mayor parte de su estilo. »

Italia sin dinero: el que promoviesen pleitos los que habian estudiado leyes, por lo cual uno de Metz se admira de que Florencia no se halle destruida con tantos jueces, siendo así que uno solo habia bastado para arruinar su patria; en fin, aquella vida activa, pública, agitada, industriosa, de gente que no habia respirado aun los miasmas de la opresion pacífica.

1378. En la pureza del lenguaje, propiedad de las palabras y gracia de estilo, se compara con los escritos de Boccaccio el *Pecorone* de Juan Florentino, donde supone que Aurette, enamorado de Sor Saturnina, se hace fraile, y llegando á ser capellan, conviene con ella en pasar el tiempo en el locutorio contando un cuento cada uno; así llegan á cincuenta, históricos la mayor parte, expuestos con sencillez y ocultando en ellos las ideas algo libres. Pero en general, á los novelistas de aquel siglo les falta la ligereza y la precision y el carácter ingenioso que se adquiere tratando mucho á los hombres, y frecuentando la sociedad escogida.

1383-1446. Mas alabanzas merece Ángel Pandolfini de Florencia, hombre versado en la diplomacia, que en los últimos años de su larga vida escribió para sus hijos el tratado del *Gobierno de la familia*, preceptos de economía y de moral ajustados á la vida de aquella época, y expuestos con grandísima propiedad (1).

CAPÍTULO XXIX

Estudios clásicos.

Al ver tanta grandeza hasta en sus primeros principios, ¿quién no hubiera dicho que la nueva literatura estaba para lanzarse en un camino propio, enteramente distinto del antiguo? No obstante, ha sucedido todo lo contrario, y el entusiasmo de la erudicion ha detenido el vuelo del genio moderno. No Dante, que solo de nombre conoció la mayor parte de los clásicos, sino Petrarca y Boccaccio, habian hecho grandes esfuerzos para resucitar la literatura antigua, y si bien esta perfeccionó el gusto, hizo que Petrarca esperase gloria de sus versos latinos, y que Boccaccio introdujera aquellos períodos, extraños á las lenguas modernas. Fué de los primeros que cultivaron el griego, lengua que despues fué difundida por los que huían de la cimitarra de los Turcos. Con dificultad creo á Filelfo, que dice que el vulgo hablaba aun en Constantinopla la áurea lengua de Aristófanes y de Eurípides, y los literatos y las señoras la de los historiadores y oradores (2); de seguro se habia alterado completamente la pronunciacion: él mismo halló en Peloponeso un lenguaje « corrompido, que nada tenia de aquella antigua Grecia; »

(1) Ahora, sin embargo, le ha sido arrebatado aquel libro para atribuirselo al ilustre arquitecto Leon Bautista Alberti.
(2) Ep. del 1451.

y Coluccio Salutato dice (1) que se habia traducido á Plutarco del griego antiguo al moderno. ¡Con cuánto provecho se hubiera podido, sin embargo, aplicar á la explicacion de los clásicos una lengua que todavía vivía! tanto mas cuanto que el clero, que no tomaba parte en el gobierno y en las guerras, como los señores feudales de Europa, podia ocupar sus ocios en las letras y en la enseñanza; y que la delicadeza de las cuestiones que se agitaban, obligaba á cuidar escrupulosamente del lenguaje.

Pero ni del lenguaje ni de nada se cuidaron; á los autores profanos no les permitian atender á él las disputas de escuela; y acaso perecieron entónces los líricos, dóricos y eolios, por ser ininteligibles para los copistas: ademas, aquellos doctos cultivaban generalmente la literatura clásica como ciencia muerta, así es que no dió frutos hasta que pasó á Italia.

Nunca habia faltado quien supiera el griego, aunque solo fuese como lengua litúrgica, entre los monjes de San Basilio; despues se principió á estudiar con objeto determinado cuando se trató de reunir la Iglesia Oriental con la nuestra. El Calabres Barlaam, monje del Monte Átos y gran partidario del cisma, que fué de embajador á Constantinopla, enseñó aquella lengua á Petrarca sin gran provecho. Leoncío Pilato, su compatriota y discípulo, fué hospedado en Florencia por Boccaccio, que le indujo á traducir á Homero, trayendo de Oriente un ejemplar con grandes gastos, haciendo luego que los Florentinos fundasen para él la primer cátedra de aquella lengua. Con mejor fortuna enseñó allí y en otras partes Manuel Crisolara, que llegó á ser orador del emperador Manuel; despues llegaron allí una multitud de Griegos, á medida que su patria iba cayendo en poder de los musulmanes. Teodoro Gazza fué desde Tesalónica; luego Jorge de Trebisonda, Juan Argiropulo, Demetrio Calcondila y Juan Lascari, de estirpe real. Como no llevaban otros bienes que el conocimiento de los clásicos, trataron de exagerar su importancia y declarar bárbaro todo lo que no tuviese relacion con ellos, despreciando hasta el latin; por lo cual el siglo de las creaciones hizo lugar al de los retóricos y gramáticos.

Mas notables eran los hombres que asistieron al concilio de Florencia, donde se pusieron á discusion importantes cuestiones platónicas, y Bessarion, nombrado cardenal, se estableció en Italia, acogió á los Griegos recién llegados, y reanimó la aficion á Platon, el cual fué explicado en Florencia por Jorge Gemistio Ple-ton, y estudiado por una academia. El camaldulense Ambrosio encontró en Mantua, á principios del año 1400, niños y niñas que sabian el griego, y la hija del marques, de edad de ocho años, conocia la gramática de esta lengua (2). La primera cátedra de literatura latina

(1) MEHUS, p. 294.
(2) In *Odepor*.